

EL HOMBRE DE MIS SUEÑOS



Rosario de Fátima Avilés Avilés

EL HOMBRE
DE MIS SUEÑOS

Rosario de Fátima Avilés Avilés

Contenido

INTRODUCCIÓN 6

CAPÍTULO I..... 8

CAPÍTULO II..... 10

CAPÍTULO III..... 13

CAPÍTULO IV..... 16

CAPÍTULO V..... 19

CAPÍTULO VI..... 21

CAPÍTULO VII..... 23

CAPÍTULO IX..... 27

CAPÍTULO X..... 29

CAPÍTULO XI..... 31

CAPÍTULO XII..... 34

CAPÍTULO XIII..... 36

CAPÍTULO XIV 38

CAPÍTULO XV 40

CAPÍTULO XVI 41

CAPÍTULO XVII..... 43

CAPÍTULO XVIII..... 45

CAPÍTULO XIX..... 47

CAPÍTULO XX..... 49

CAPÍTULO XXI..... 52

CAPÍTULO XXII..... 54

CAPÍTULO XXIII.....	56
CAPÍTULO XXIV	58
CAPÍTULO XXV	59
CAPÍTULO XXVI	60
CAPÍTULO XXVII	62
CAPÍTULO XXVIII	64
CAPÍTULO XXIX	66
CAPÍTULO XXX	67
CAPÍTULO XXXI	69
CAPÍTULO XXXII.....	71
CAPÍTULO XXXIII.....	73
CAPÍTULO XXXIV	75
CAPÍTULO XXXV	76
CAPÍTULO XXXVI	77
CAPÍTULO XXXVII	78
CAPÍTULO XXXVIII	80
CAPÍTULO XXXIX	82
CAPÍTULO XL.....	84
CAPÍTULO XLI.....	85
CAPÍTULO XLII	86
CAPÍTULO XLIII	88
CAPÍTULO XLIV.....	89
CAPÍTULO XLV.....	92
CAPÍTULO XLVI.....	94

CAPÍTULO XLVII.....	95
CAPÍTULO XLVII.....	97
CAPÍTULO XLVIII.....	98
CAPÍTULO XLIX.....	100

INTRODUCCIÓN

Mira sus ojos, ¿Alcanzas a vislumbrar el cielo? Un lugar donde nacen sentimientos, y donde están las estrellas que hacen brille su mirada, las que han llenado de luz y alegría a mi alma. Él es mi ángel de amor, es el hombre de mis sueños.

Con sus alas él ha quitado me el frío, sus blancas y puras plumas han cubierto en inocencia a mi total desnudez, y acariciado mi alma, ¿Cuánto más le podré llegar a amar?

Los latidos de mi corazón le siguen a cada paso, y me lleva volando por los cielos, pero me mantiene al suelo para no perder mi esencia, sólo soy una mortal.

Y, sin embargo, he vivido tiempo ya en el paraíso, jugado con las estrellas, cantado entre querubines al traerle serenata, feliz he soñado en su almohada, qué palabritas de amor me recitó en el oído, y que hicieron mis respiros, sin compases, agitados.

Él es mi ángel de amor, que me mostró los colores con que se pintan las almas cuando están enamoradas, el dulce sabor de un beso, como el algodón de azúcar que me trajo de una nube y el sonido de las voces cuando pronuncian te amos.

Pero, ¿Ya le miraste bien? La sonrisa encantadora que a cualquiera hace soñar, y ese precioso cantar que hasta el creador le aplaudió para bendecir su pecho, ¿También notaste su vuelo tan altivo y majestuoso?

Ya qué te puedo decir que no le hayas visto ya, si sus ojitos hermosos, si sus labios enmelados, si su piel vestida pura y sus alas tan brillantes, todo en mi ángel es bello, es el hombre de mis sueños.

Y, lo necesito tanto, lo quiero junto a mi lado, que las horas sin su cielo se convierten en infierno, un lugar donde un lamento rompe todos los silencios, donde lo extraño y lo amo, donde deambula mi cuerpo buscando un poco el refugio que me prodigan sus manos.

Ese es mi ángel de amor, quien me regaló sus manos, y lo tierno de sus brazos para sentirme segura, para sentirme adorada, y me demostró entre besos que hasta un simple mortal puede acceder a la gloria.

Y, hasta allá me llevó cuando me vi en su mirada, pues la puerta a la galaxia la descubrí en cada estrella que me encontré en el camino. ¿Aún quieres conocerlo? Sólo cierra tus ojitos e imagina lo más bello.

EL HOMBRE DE MIS SUEÑOS

CAPÍTULO I

Esa noche que se convertiría en una muy especial, me encontraba en el campo, muy pocas noches como aquella, brillando la luna, y la nulidad de niebla dibujaba completamente la vereda que lleva hasta la cabaña donde habría de conocer a esa persona, que sin tocar mi cuerpo, me hizo vibrar.

Mi corazón resonaba cada vez más, creo que acercándose a mí sólo un poco se podían escuchar sus latidos, y mis respiros estaban cada minuto más agitados; el nerviosismo y la ansiedad eran evidentes.

Traté de contener mis pasos para no correr, quería mantenerme lo más tranquila que se pueda, trataba en vano, pues la premura por mirar por primera vez ese rostro, que por tanto me imaginé, y que por tanto más me hiciera soñar, con el sólo timbre de una voz a través de una bocina, hacía que mi mente hasta deseara salir de mi cuerpo para llegar antes que el viento.

Mi mente estaba tan confusa, pensaba tanto de cosas, y los pensamientos se mezclaban con los sentimientos, se encontraban, y una reflexión sobre aquello era perder el tiempo, qué maraña se tejía, y mis pasos se podrían borrar del camino, pero de la bitácora de mi vida jamás.

Todas las acciones siempre tienen consecuencias, y las consecuencias de estás afectarían a una persona que amaba, sin duda, pero ella, ¿También me amaba a mí?

Esos pensamientos iban y venían en mi cabeza, y si mil veces los tomaba en cuenta, ese número igual me buscaba una justificación, y responderme una pregunta constante, ¿Hasta dónde sería capaz de llegar esta noche?

Porque todos sabemos que una cosa es lo que estamos dispuestos a hacer, y otra lo que nos atrevemos a hacer, y yo en ese momento no sabía a qué estaba dispuesta ni a qué me atrevía.

Y, lo que fuera que hiciera cambiaría mi vida, la de otros, y el cuantificable de daño también era cuestionable, qué complicado se volvía cuando no hubiera sido así si el *hubiera* existiera.

Podrían pensar que era una mujer con unos sentimientos muy frágiles, y una mente aun más o tal vez era muy superflua, pues cómo me dejé convencer para aquella cita tan inusual.

Y, tienen razón, hace tiempo dejé de ser una adolescente, y que ahora hiciera cosas como estas, debía estar algo mal en mi cabeza, era algo que ni yo me explicaba, tal vez la soledad, tal vez la novedad.

Hace más de cinco años esto no hubiera pasado, a pesar de ser más joven, pero entonces, conocí el amor, el amor verdadero, y ese amor me enseñó a depender de su sonrisa para sentirme contenta, de su mirada para no ver jamás oscuridad en mi camino, me dijo que siempre estaría para mí. Pero, ¿Cómo pasa de un cuento de hadas a un cuento donde hasta el cielo cambia de color?

Mi desconsuelo en ese momento giraba alrededor de la desilusión de sentirme traicionada, que después de darlo todo yo me había quedado sin nada, ¿Creen eso es justo?

Si por él me había convertido en otra persona, un ser de luz que solamente a su lado sonreía, que por su sola presencia mi vida era extraordinaria; desde que lo conocí me había convencido que era mío, pero, ¿Qué tanto estaba dispuesto a serlo?

Yo debía ser su guía, quien quitara los miedos de su corazón, y sacara los demonios de su alma, pero su silencio era mi fracaso, y su indiferencia me lanzaba sin paracaídas al abismo, y tal vez a borrarlo para siempre de mi historia, una historia de amor donde aún anhelaba que mi príncipe siguiera en el próximo capítulo.

Para que comprendan mejor mi entusiasmo y ansiedad por el encuentro de aquel entonces, les voy a platicar un poco de mi vida. No espero justificación, pero si algo de comprensión.

CAPÍTULO II

Hasta entonces, mi vida de pareja siempre fue un tanto vacía, monótona, y demasiado navegante en la calma, de mi trabajo a casa, una casa que compartía con la persona que me había escogido para ser su compañera, ¿y su cómplice?, pero a la larga, me mostraba que un hogar estaba lejos de ese espacio compartido, faltaba calor. Eso pensaba mi mente románticamente aventurera.

Una mente tan apasionada, sobre todo enamorada, y en ese estado de éxtasis en el que me encontraba, realmente deseosa de más y más amor, era fácil esperar que todos los instantes se pintaran con colores tomados del arcoíris, que mi amor fuera igualmente correspondido.

No estoy dando argumentos para pretextar mi falta de juicio al querer estar a solas con alguien que nunca había visto, y mucho menos busco culpar a mi compañero de vida por la falta de cariño y atención en el cual vivía sumergida, sin embargo, una parte de esto que estaba a punto de culminar, y que comenzara como un juego una tarde, tenía firma de desencanto en algún lado, pues la tibieza que siempre había en los brazos de Roberto, mi marido, la rutina en todas sus caricias, y hasta la miel que no terminaba de empalagar mi boca, me indicaba que me había equivocado al creer que era mi hombre ideal. La fantasía que tenía del amor era demasiado expectante.

Con cuánto afán construí mi castillo, con cuánta ilusión dibujé dragones, pero nunca un príncipe llegó en su corcel dorado para rescatarme, qué gran pretensión para un mundo tan pequeño.

Jamás me había dicho un *te amo* mirándome a los ojos, nunca me llevó de su mano, ni mostró con orgullo lo que le hacía sentir, yo siempre fui colgada de su brazo, pero qué fría situación; aún no sé si su corazón alguna vez había latido de verdad por mí o entonces yo era la novedad.

Detalles a medias, medias palabras, hacer el amor con la luz apagada, un mundo cerrado que jamás me abrió la puerta, como si no tuviera permiso para

entrar allí, pero si lo tenía, soy su mujer, y lo amaba, lo amo. En este punto radica mi confusión y mi inseguridad de acción, si amo a mi esposo, ¿Cómo puedo pensar en otro hombre?

Roberto es tierno y amoroso, considerado, la imagen perfecta de un gran hombre, pero no me demostraba en hechos la pasión en él.

Aunque creo que él no cambió, tampoco que me engañó con eso, dándome señales diferentes, sino que tuvo esas actitudes siempre, pero no las quise ver, me engolosiné con otros detalles que me hizo. Educado y fino, qué mujer no se rinde ante eso.

Y yo me rendí, podría jurar que todavía está en mí esa parte que se derrite si Roberto besa mi mano, si abre la puerta del auto, si me cede el último chocolate en la caja.

Pero ese *sabes que te amo* que estaba siempre en sus labios cuando hastiada por la espera lo cuestionaba, me regalaba un gran desaliento, pero para él era tan difícil entender, tal vez, cuánto necesitaba que me dijera te amo, y no darlo como algo que se sobre entendía; yo no quería entenderlo, quería escucharlo.

Cuánto lo necesitaba, aún en ese momento que corría como una demente buscando no sé qué, en no sé quién.

Solamente que había una diferencia latente, ya no lo esperaba a él que reaccionara, ya no anhelaba como antes de su boca esas palabras, porque la novedad siempre supera a la costumbre.

Me hubiese gustado que todo llegara a ser un cuento color rosa, igual a esas novelas románticas que de adolescente me encantaba leer, siempre imaginando que era yo la protagonista, y que al final de la historia, con un grandioso beso, y después de superar diez mil obstáculos, el gallardo amor de su vida cerrara la historia, y con un final seguido de *y vivieron felices para siempre* de verdad vivieran felices.

Y, en verdad creí que eso me había encontrado esa mañana cuando tropezara, literalmente, con aquel hombre tan bello, de un cabello negro

ondulado, ojos tan profundos que me llevaron en un embeleso hasta el mismo cielo, un cielo que aún era azul.

CAPÍTULO III

Roberto es de una presencia impecable, con una estatura más que promedio, unas manos preciosas, no muy grandes, pero muy cuidadas, así como toda su persona, y tiene una sonrisa, ¡Qué sonrisa!

Maravillaba a mi vista de mil maneras, tanto que en esos minutos cuando lo miré se me hizo tan difícil disimular el éxtasis que ese ángel hecho hombre me estaba causando. No exagero, era un ángel. Sus ojos destilan bondad y dulzura.

Después de aquel encuentro inicial con la gloria en la tierra, me sonrió, y me pidió mil disculpas por el atropello, pero en ese instante, le hubiera dado yo las gracias a él por golpear mi hombro, y cruzarse en mi camino. Me sentí enamorada, y supongo eso es lo que llaman *amor a primera vista*.

Ya pasadas las disculpas, sonrisas nerviosas y mi cara de *¡Oh, Dios mío!* Me invitó un café, por su parte para hacer más formal las disculpas, y por la mía, acepté para poder mirarme unos momentos más en sus ojazos.

Decir unos momentos solamente es un decir, ya que dispusimos de todo el tiempo a nuestro capricho, y platicamos por horas interminables en aquella cafetería que había visitado casi a diario, desde mi llegada a esa ciudad hace algunos años. Nunca había visto el lugar tan bonito, tampoco que tenía de fondo canto de pajarillos, aunque eso creo yo, estaba en mi cabeza nada más.

Me sentía drogada con su presencia, y mirar esa figura a contra luz del sol en el ventanal, se asemejaba a una imagen divina, el resplandor se apreciaba magnífico.

Se han de dar cuenta que sí me sentía extasiada, exaltada tratando de disimular, pero qué más daba, tal vez ese sería el único café que tomaría con esa agradable compañía a mi lado.

El tiempo era mi mejor cómplice en ese momento, parecía que las manecillas del reloj se regresaban unos segundos, y solamente para que yo

podiera tener más minutos y horas que gozar con aquella plática tan entretenida.

Me habló de su trabajo, y cómo lo absorbía, pues era algo que le satisfacía hacer, es contador, y le apasionan los números, le gusta la poesía y leer, pero si entonces me fascinó eso de él, hoy me molestaba, cuánto de veces se escudó detrás de un libro para ignorar esos momentos que necesité me dijera sus deseos.

Sé que hay personas que esconden lo que sienten, se miran vulnerables a sí mismos si descubren lo que tienen en su alma, de hecho soy un poco de ese modo, pero cuando encuentras a un ser que es perfecto para ti, porqué mantener esa puerta cerrada.

Supongo que esa parte de su personalidad no la vi en nuestro primer café, ni en el segundo, creo que después lo hice, y sin embargo, pensé que no había problema, también mi persona era así, un tanto cerrada, aunque muchos pensarían desconfiada; sí lo sé, de seguro ahora no piensen que soy así.

La diferencia entre él y yo es, que cuando me di cuenta que lo amaba ya no tuve barreras, tampoco puse objeción al mostrarme tal cual eran mi corazón, mi alma y mi espíritu, me entregué completa.

Pero, volviendo a esa primera cita, porque en mi registro fue nuestra primera cita, ese medio día se nos hizo tarde, y también noche; nuestra charla, tanto de risas, era como haber encontrado esa persona como yo, esa que pensé hace años jamás había de encontrar. Al primer minuto me sentí muy bien a su lado.

Sé que también él conmigo, porque en ningún instante de aquella plática distrajo su vista, tampoco atendió los mensajes y llamadas con que su teléfono insistía interrumpiendo.

Desde ese día, Roberto y yo, comenzamos a salir como amigos, y me sentía tan bien siéndolo, que no me planteaba la idea de que fuéramos algo más, pero poco a poco sentí que un sentimiento más allá de la simple atracción estaba llegando, aunque creo que mi razón se negaba, y mi mente hacía que

no se daba cuenta de lo que estaba pasando; un amor para vivirse más allá de las estrellas.

CAPÍTULO IV

Mi nuevo amigo y yo, comenzamos saliendo de vez en vez, después con más frecuencia, unas dos veces a la semana, hasta que, sin darme cuenta, cualquier pretexto era bueno para vernos, salir a comer, llamarnos a horas insospechadas de la noche o madrugada.

En ocasiones hacíamos un juego de frases por texto, y consistía en escribirme, Roberto, palabras que tenían sílabas revueltas, yo le llamaba como en tono de burla, *dialecto*, pues era algo difícil, claro, hasta que aprendí a descifrarlos, era su juego; el mío era enviarle frases en otros idiomas, siempre los traducía más rápido que yo a sus dialectos, eso da a notar su gran inteligencia.

Nos divertíamos bastante, éramos a mi ver un complemento muy bueno, y tal vez él también lo sintió así, porque una noche que hablando en medio de la madrugada, se llenó de ánimo, y me hizo una pregunta sorpresiva y sorprendente.

Estarán preguntándose qué fue o imaginando una propuesta, pero no era una proposición indecorosa, de forma espontánea me preguntó, *¿Yo te gusto?* Y, al mismo instante me hizo la aseveración: *Yo te gusto, ¿Verdad?* En ese lapso creo que me vino un bloqueo mental, pues no contesté de inmediato, y sólo atiné a reír un poco, y muy quedo.

Hasta en ese espacio de tiempo supe lo que ese hombre me gustaba, pues no me había dado cuenta del enorme sentimiento que estaba detrás, porque no nada más me gustaba, sino que lo amaba, y amaba la persona en la que me convertía cuando estaba a su lado, me encantaba lo que me hacía sentir, porque aunque, Roberto, no es una persona con chispa, si es brillante, una mente inteligente que le gusta incluir sus opiniones.

Esa madrugada, los dos quedamos en una charla pausada, no supe que decir, y burdamente me despedí. Creo no fue la manera más gentil de

contestar, pero mi mente, aun habiendo fantaseado con la idea de algo entre nosotros alguna vez, me dejaba fuera.

El resto de la noche la pasé pensando en sus palabras, leyendo lo que me escribió entonces, repasando su modo de decirlo, y me daba algo de miedo, pensaba también que si no funcionaba algo entre nosotros perdería la oportunidad de cultivar una muy buena amistad.

Aunque por momentos divagaba con pensamientos amorosos, me imaginaba como sería su compañía en un día nublado, una tarde al caer el sol, y por cierto, recuerdo que había muchas cosas que teníamos en común, como el cielo cuando está a punto de llover, cómo ese tono gris Oxford nos daba una relajación inusitada.

Me imaginé millones de situaciones entre nosotros, como amigos o algo más, pero todavía no sabía cuál sería mi explicación para ese titubeo tan evidente que tuve ante su pregunta y auto confirmación.

Qué extraño era para mí entonces aceptar ciertos sentimientos que tenía en mi interior, tan contradictorios, por un lado me entusiasmada la idea de que alguien como Roberto, me hiciera parte de su vida sentimental, ahora lo llamo con amor *mi paquete completo* porque reunía todo o eso pensaba yo, sino no tendríamos esta charla ustedes y yo, basando mis quejas en faltantes afectivos.

Y, por otra parte, la parte fría y egoísta, que no quería depender de nadie, me insistía en dejar esas formas tan débiles, que según yo, exponen a las personas a situaciones de toxicidad sentimental, pues cuando la gente se enamora pierde el juicio, y deja sus propias necesidades para atender las de ese otro ser que a final de cuentas te dejará solo. A la muerte no la has de enfrentar acompañado, aunque mueras entre una multitud.

¿Qué hacer? Pensé mucho aquella noche, y vaya que sí, porque a las ocho de la mañana mis oídos odiaron ese despertador que me gritaba como un histérico del reloj, que ya era demasiado tarde para llegar a la oficina.

Ese día ya no fui a trabajar, que caso tenía si mi mente estaba cansada. ¿Ya vieron mi punto? Roberto, era solamente mi amigo, y ya había logrado que por primera vez en ¡nunca! dejara de asistir a mis obligaciones.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

